

---

Los trabajos de Nuria Legarda se mueven entre dos mundos: lo contundente de la vida cotidiana y lo efervescente del mundo interior de sus personajes. Y es precisamente el choque entre estos dos mundos el eje de toda su poética escénica.

El juego con el movimiento, con el gesto, aparentemente podría sólo dibujar el mundo interior pero en sus creaciones la frontera entre los dos universos siempre es difícil de definir. Y precisamente juega con esto: ¿cuándo estamos en el territorio de lo transparente, es decir, de lo real, lo directo, y cuando en el de lo translúcido, es decir, lo que solo intuimos debajo de la epidermis?

El juego de sus montajes está en este choque. Los personajes devanean entre los dos mundos, y la estética del montaje también: entre lo visual y lo textual. Conflicto escénico.

La palabra interrumpe el gesto para imponerse. O el gesto sale de la palabra o la palabra del gesto. Son varias posibilidades que Legarda explota para construir, lentamente, la línea de sus personajes.

Sus espectáculos no desarrollan necesariamente un argumento lineal, sino que fluyen según la lógica del mundo interior de sus protagonistas. Para ello, utiliza varios códigos escénicos, desde el gesto, al juego con los objetos, el texto o las proyecciones. Todos los elementos se utilizan como motores dramáticos (el vídeo en *Ecumes*; los pequeños monólogos en *Ven que te cuento*). Cada nuevo código puesto en escena hace caer una pieza de dominó.

¿Qué hay más allá de la forma? Los espectáculos de Legarda llaman al monstruo que todos llevamos dentro, el monstruo de la obsesión, de la pasión, del deseo de violencia, del recuerdo tortuoso, de la familia opresora... Sus personajes esconden estos fantasmas y su lucha para mantenerlos encerrados siempre desencadena el conflicto.

El espectador tendrá que montar el puzzle que tiene delante, a través de trozos de sentimiento, trozos de realidad y trozos de juego teatral.